





Lila

Lila
Gonzalo Unamuno



Unamuno, Gonzalo
Lila / Gonzalo Unamuno. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Factotum Ediciones, 2018.
120 p. ; 23 x 13 cm.

ISBN 978-987-4198-13-6

1. Novela. 2. Violencia de Género. 3. Violencia Doméstica. I. Título.
CDD A863

© Gonzalo Unamuno, 2018

© Factotum Ediciones, 2018
Pasaje Rivarola 169 (1015)
Buenos Aires, Argentina
www.factotumediciones.com
info@factotumediciones.com

Primera edición, 2018

Coordinación editorial: Caterina Gorstisa
Foto de tapa: Shutterstock
Retrato de autor: Camila Súnico
Diseño de maqueta: Renata Cerelli
Asesoría gráfica: Aldo De Losa
Composición de interior: Brenda Wainer
Corrección: Mónica Campos

ISBN 978-987-4198-13-6

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

*Para Guada, mi hermana,
y Edu Ariovich, mi terapeuta.*

Esa criatura salvaje y bárbara, que ha practicado desde tiempos inmemoriales un innoble despotismo sobre el sexo femenino, debe pagar por su terrible crimen con el sacrificio de aquello que ha sido siempre su bien máspreciado. La historia los señala con el dedo acusador, y a falta de una postura colectiva, algunos aceptan mansamente su derrota masticando pastillas de viagra, otros se refugian en las diversas modalidades de la misoginia, y los menos contraatacan con una ferocidad que se ha convertido en los últimos años en una cuestión de Estado. La violencia hacia las mujeres, que las estadísticas coinciden en señalar como una atrocidad en aumento, no es independiente de una época en la que los hombres, no sin razón, experimentan los cambios culturales como una amenaza a su identidad. Acorralados por los avances de las mujeres, algunos no dudan en emplear incluso las armas para aniquilar un deseo inédito, una voluntad de ser a la que no estaban acostumbrados.

Gustavo Dessal

Uno

Por exponerme ante mí mismo, eso, impresión o realidad, fue todo lo que logré responderle cuando segundos antes de matarla a golpes me preguntó, doblada por el dolor, por qué le hacía lo que le estaba haciendo.

Ahora, echado junto a su cadáver desfigurado y tibio sobre el somier de dos plazas que destila olor a meo bajo la refulgente luz de una lamparita de bajo consumo, recuerdo con monotonía esa única oración que pude proferir hace unas horas, disimulando la risa, con la voz entrecortada por el frío que copa la atmósfera de este dormitorio en un piso 19; *Por exponerme ante mí mismo* y nada más, ya que no tuve el valor necesario para lo que hubiese debido decirle y que tanto había ensayado en mi cabeza; que los casi dos años que pasamos juntos fueron los peores de todos mis años, los únicos de los treinta y ocho que ahora tengo que no valieron el montaje de la farsa que fuimos, y sin embargo los que, por dar un ejemplo absurdo aunque efectivo, salvaría de un eventual incendio.

Lo haría porque el recorrido de esos años culmina en una faena que desde niño lleva gestándose en mi inconsciente.

Antes o casi que la mayoría de las asimilaciones sustanciales en la vida de un chico, me supe capaz no solo de matar, sino de solapar eso que ya intuía como la consecuencia o la culpa, y con el paso del tiempo, aquello que en principio era una vaga noción, una sospecha, devino en certeza y hoy en ejecución.

Me levanto de la cama, estiro los brazos, desperezándome. Pienso en el primer antecedente serio de mi misoginia, de mis problemitas con las mujeres. Data de mediados de enero de 1985. Mis padres, mi hermana y yo sentíamos en el cuerpo la sensación de seguir todavía sobre el agua. El silencio era total en la ruta de Montevideo a Punta del Este. Yo viajaba sentado atrás con la frente apoyada sobre una de las ventanillas de la camioneta, dibujando siluetas inconexas sobre el vidrio empañado por mi respiración. De repente un auto alteró la monotonía del paisaje pasándonos por la izquierda. En esos segundos de suspensión y disputa en que un auto deja atrás al otro, por una de las ventanillas traseras me saludaron dos chicas de mi edad. Devolví el saludo, pero una de ellas me hizo cara de asco, ambas me sacaron la lengua y rieron mientras se recostaban sobre el asiento.

La burla me descolocó, me abrumó su femineidad, sentí un ardor en las sienes que no había sentido nunca, y ocurrió: me abalancé con velocidad sobre el volante, quise girarlo para embestir el auto antes de que se alejara definitivamente, pero mi peso y mi corta edad nos salvaron la vida. Mi madre —que desde entonces no volvió a confiar en mí— frenó conmocionada al costado de la ruta sin entender lo sucedido. Mi padre, que siempre estuvo a otras distancias del desconcierto, me dio una paliza que me sigue doliendo. Mi hermana lloraba como si hubiese visto un monstruo.

Treinta y dos años después el cadáver de mi mujer con nuestro hijo a medio hacer adentro suyo yace a mi costado.

Miro la hora en el celular y lo apago. Son las 13.45, hora bisagra del día. Especulo sobre cuánto tiempo le llevará a la policía –exacerbada por la histeria colectiva cuando la víctima es mujer– arrastrarme a la ruina, a cuánto estoy de sentir el frío metal de las esposas ceñidas a mis muñecas que testimonien el fin de mi inteligencia o a cuánto de salirme con la mía. Y si bien no quisiera facilitarle al olvido su consistencia y a la opinión su ligereza, me enorgullecen mis palabras que, siempre estériles por precavidas, en el instante en que la maté me regalaron una redención cuando le borraron a ella su última sonrisa en este mundo.

Levanto la persiana del dormitorio. Los rayos del sol irrumpen enceguecedores. El *black out*, todavía en su envoltorio original, no se colocó nunca. Buenos Aires desde estas alturas me parece una ciudad domesticada y mansa que en ninguna otra estación alcanza la elegancia que en otoño. Observo el Río de la Plata mixturarse con el naranja en el último trazo del horizonte como posiblemente todo desde ahora, por última vez. Veo personas prescindibles, egos menores que el mío, trabajar contra sí mismas, contra sus pesadillas simultáneas. Las veo ir y venir en direcciones opuestas con su farsa encima, y veo autos, colectivos y motos zigzagueantes, hábitos y elementos que resumen la fragilidad de la vida en la porción de la ciudad que mejor conozco. Mi territorio.

Me inclino, peino una raya de cocaína a lo largo de la pantalla de la tablet. Aspiro mitad por un orificio y mitad por otro. Paso el dedo sobre la pantalla y garabateo la clave. Advierto restos de sangre seca y ennegrecida en mis nudillos. Abro la carpeta con las canciones que ella dejó grabadas y del parlante que le regalé empiezan a sonar sus *covers* más logrados, los que solía cantar durante cada porro en lo previo a la maratón de las estúpidas series que veía para después subir

a su cuenta de *Instagram*. *My name is Luka, I live on the second floor, I live upstairs from you, yes I think you've seen me before.*

Tarareo la canción, sin cinismo, sin entender ese incoherente aire intimista que otorgaba a su voz y divago sobre el sentido de que se sepa por qué me convertí en un asesino cuando no hay perdón que alguien esté en condiciones de darme o de negarme.

La luz da de lleno sobre el rostro rígido. Observo el cadáver y en él la inconsistencia de la especie, la hermosura distinta a la de la vida que va adquiriendo pese al hundimiento de la boca por la falta de los dientes que le partí, pese a la superficie ganada por las hemorragias internas, las contusiones, los huesos astillados, y la masa encefálica desprendida. Vladimir, el gatito, se acurruca a su costado, y si bien el *rigor mortis* y el gradual protagonismo del azul lavanda de los hematomas me mantienen alejado de cualquier posibilidad de erotismo, algo del contexto me provoca un hormiguelo en la próstata.

No termino de creer cómo ese famélico cuerpo cabalgó sudoroso sobre el mío, ni cómo esa boca de sonrisa acostumbrada tantas veces jugó con mi semen hasta enloquecerme.

Bajo la persiana. Enciendo el aire acondicionado para que el sol no acelere la descomposición. Sentir el aroma de su podredumbre sería, incluso en las actuales circunstancias, una deslealtad que no merece. Ella supo ocultarme sus olores con maestría; confundir el aliento del ayuno con poses desdeñosas hacia algún costado, el olor de las axilas después de trotar por las mañanas, el de los pies, los del ano y la vagina –la visita obligada al bidé antes del sexo– con los del chicle mentolado, las cremas para hidratar manos y pies, el dentífrico y el enjuague bucal, el quitaesmalte, el perfume, el champú y el acondicionador importados.

Un afán o una histeria me gobiernan y seguro lo harán hasta la hora de embarque. Vacío, con súbita necesidad de

orden, el cenicero en el tacho de basura, guardo dos resaltadores en un cajón, acomodo sus zapatillas debajo de la cama y me topo con los libros que ella estaba leyendo: *El cumplimiento del Protocolo de Kioto*, *Teoría de la Política Internacional* y *Homo Deus*, de Harari. Estupideces semejantes eran las más actuales de sus pasiones, sobre las que preparaba su demorada tesis: el fin del *Homo sapiens*, la religión de los datos, las tecnorreligiones, los algoritmos que todo lo explican y mediante los cuales los conocimientos fundantes van a definirse, el calentamiento global, el cambio climático, las energías renovables, la salvaguarda del ecosistema de la irresponsabilidad del hombre, su mayor enemigo. El futuro, como el origen, está fuera de este planeta, solía decirme.

Voy hasta la habitación donde está la biblioteca, dejo los libros en un estante del escritorio, justo encima de los fajos de dólares, la hoja impresa con el pasaje, el DNI, la barba postiza.

Veo la foto dentro de un marco dorado donde está abrazando a sus padres en la que fue su fiesta de quince. Los tres sonríen a la cámara. Acuesto el retrato de esa familia que desmembré y me desplomo sobre el sofá a meditar mi situación, a perderme entre las opciones que sé ya no me son posibles. Puedo vislumbrar el momento en que sea arrojado a una cárcel común con una condena que podría caratularse como femicidio agravado por el vínculo, aunque sin vínculo difícilmente haya motivos para matar.

Mis días van a concluir entre un rejunte de reos en los confines de un sistema periférico. Ahí me va a llegar el final, lo sé; un final sin épica ni estridencia, o solo con estridencia, acompasado por el antojo de esos primates que desnucan mujeres por celos y tales.

Vuelvo a la habitación y me siento en el borde de la cama. Mi cobardía, pienso, fue demasiado lejos. Le paso

una mano por el pelo y la cubro con las sábanas hasta el mentón. Desconozco qué opciones existen por fuera de la fama efímera que me va a llegar cuando me detengan lejos de la escena del crimen, ni puedo lidiar con la idea de perder la libertad por haber matado a una mujer que conocí como a otras que quise menos, en terrenos que se extinguen, donde el amor o sus múltiples derivados suelen hacerse lugar a codazos, en oficinas de teléfonos incesantes, computadoras sin descanso, pasillos difusos y atestados por donde gente que se inflige a sí misma la farsa de que no es esclava transita como puede.

Me remonto a principios de 2016. Ese año cambió mi vida laboral debido a los enroques en el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, donde ambos trabajábamos. Entre el ballet de nuevas autoridades estaba yo que, sin pertenecer a ese universo cima de la fetidez y la decadencia que se conoce como diplomático, llevaba algunos años de buen desempeño en un área específica que me valió la confianza de la mano derecha del Canciller, recién asumido con el nuevo gobierno.

El error –siempre lo supe– fue aceptar, creyendo advertir en mi designación la última chance sería de montarme al tren de los aciertos financieros o la corrupción. Tanto mi nombramiento como el de los demás directivos que asumieron sin ser *del palo*, llevaron a esa yunta apestada que son los empleados públicos a sobreactuar una excitación de por sí ridícula. Mudanzas, chismes, múltiples sospechas, acomodos, eternas pilas de papeles que dicen nada o lo mismo, la novedad y el ansia escalando las paredes, la traición todavía inadvertida entre los augurios de improbable éxito, los compañeros nuevos y los otros y toda la pestilencia de la especie cuando lucha por ponerse a salvo, encontraron el escenario donde hacer sus piruetas.

Yo estaba a poco de cumplir treinta y siete años y sentía, con convicción o desmesura, que la vida iba al fin a complacerme. Hasta ese momento nada en mi pasado me enorgullecía, pero nada me avergonzaba.

Así que al momento de asumir al frente de la Dirección de Asuntos Culturales –área dependiente de la Subsecretaría de Relaciones Exteriores– la cocaína y el tabaco representaban, más que un mal recuerdo, un olvido consumado. Mi madre, con quien nunca me entendí y a quien quise poco, llevaba muerta algunos años. El cáncer de páncreas la fusiló mientras dormía, un otoño que forjó mi carácter en el resentimiento. Pero el episodio de su muerte y la consiguiente venta de la casona en Villa Gesell –única propiedad que poseía– estuvieron revestidos de un curioso júbilo, al punto que llegué a desconfiar de mí mismo cuando desligué a la muerte del rencor que merecía por sentirme libre como nunca. Y ligero.

Con la mitad de la plata de la operación –la otra mitad correspondió a mi hermana Macarena, con quien no hablo desde el velatorio– y los dólares de la venta del departamento que ya tenía, compré uno más cómodo a estrenar de cuatro ambientes en Parque Centenario donde todavía vivo.

Entre los treinta y cuatro y los treinta y siete años estudié una carrera universitaria a distancia para probarme en el engaño de ver certificada, mediante sellos, membretes y firmas, una inutilidad más que probada. Mi título de Licenciado en Comunicación, como todo lo falto de significado y de importancia, llevaba días aupando polvo en la pared del escritorio de mi casa. Nadie dependía o necesitaba de mí. Sin el aplomo del afecto, sin el tedio de la responsabilidad que suelen acarrear los asuntos consanguíneos y con tan pocos amigos como proyectos o intenciones de, solo la insatisfacción me perseguía.

A raíz de esos enunciados, de ese esquema vital *bueno* en lo *aparente* es que había hecho un balance engañoso que me llevó a creer que estaba en vísperas de un tiempo de paz y de sosiego; un tiempo no ya de ambición ni de encanto, sino, más bien, de tregua o de emparde, pero la tarde que reconocí la cicatriz bajo su ojo derecho y el singular mechón de pelo blanco sobre la frente, el instinto me indicó que se trataba de una presa que daría a mi vida un giro irreversible.

Ella ya estaba enferma aquel miércoles 2 de marzo cuando atravesó la puerta de mi despacho, detuvo sus cuarenta kilos delante de mis ojos y me dijo, con una magia próxima a lo indescriptible, justo antes de desplomarse en el piso: Lila, encantada.

El reloj del microondas marca las 14.35. Corto dos naranjas a la mitad, exprimo. Dejo el exprimidor adentro de la bacha. Revuelvo con cuidado para que los hielos no generen desborde y con insistencia para que el azúcar corte la acidez. Tiro las cáscaras dentro de la bolsa que cuelga del picaporte, emerge una danza de mosquitas y vuelvo hasta la habitación, tomando. Hace frío, el aire acondicionado está en veinte grados. Agarro del cajón de la mesa de luz la marihuana; abro un papel de seda y sobre él corto el cogollo. Le paso la lengua y lo enrosco. Prendo y doy dos secas, hondas.

Pienso en los detalles que retengo de aquel día. Desde el momento en que ella se presentó, mi memoria empezó a operar con la precisión de los rencorosos. Recuerdo que por acto reflejo, por lealtad hacia mis mañas aprehendidas, en un ágil mapeo general le semblanteé las piernas y las adje-tivé de perfectas, que le juzgué la delgadez como auténtica, el riesgo de engorde como nulo y sobre todo abdominal, la actitud corporal como positiva, que alcancé a sentir un dejo

a perfume de cítricos no del todo impregnado a la piel en el trayecto al beso que no alcanzamos a darnos, pero fue la cicatriz debajo de su ojo derecho –un tajo pequeñito de un centímetro o casi– la que, más que remitirme al pasado de un rostro que tal vez conocía, me trasladó a una época: mediados y fines de los años noventa.

No pude precisar si nos conocíamos, si había remanentes del otro esparcidos en nuestros pasados, pero tardé lo que ella en tener contacto con el piso en saber por qué tuve la impresión de que sí. La mujer caída delante de mis narices había sido actriz de una serie tan popular como mala durante aquellos años. Yo no había visto la tira –sigo sin ver televisión– que salía al aire de lunes a viernes sobre las ocho de la noche, pero los muchos que la fueron protagonizando a lo largo de sus varias temporadas habían adquirido una fama desmedida –álbumes de figuritas de la serie, CD, presentaciones en el teatro– y casi cualquiera que estuviese pendulando en la adolescencia en aquellos años podía reconocer a la mayoría de ellos. Y eso fue lo que hice ahí, por desgracia, pasados dieciocho años desde que viera por última vez esa leve, casi imperceptible inclinación de los labios hacia el lado del corazón, la nariz aguileña pero redonda en su punta, las cejas tupidas y compactas que invitaban a atribuirle, aún desde la ignorancia, un linaje árabe, y la comba de los ojos inteligentes de quien observa con perpetua desconfianza. Era la misma persona.

Pero era mi debut como director y, contra toda la colección de suposiciones hechas de antemano, contra toda esa parafernalia de la que se dispone para obstruir situaciones intrascendentes como la asunción de un director, la primera decisión que tomé no tuvo que ver con un mero trámite administrativo, con un voluminoso paquete de resoluciones a expedir ni con un devaneo soporífero entre habilitaciones

de firma y altas de sistema y de usuario de una red interna y arcaica, sino con asistir a una persona desplomada en el piso. La quise levantar –no hubiese sido difícil– pero la inercia del cuerpo me frenó. La estaba poniendo boca arriba cuando el interno de mi oficina comenzó a sonar. Una mujer que acababa de desprender un pedazo de manzana me dijo, masticando al otro lado de la línea, que me comunicaba con el Canciller.

–¿Germán Baraja? –preguntó.

–Sí.

–Le pido que deje lo que esté haciendo y venga a mi despacho. Urgente.

Apago la música. Hago un recuento mental de las cosas que dispongo en esta casa para el viaje y que ya están en la valija. Dos camisas, un cinturón, una campera de cuero, una remera, dos calzoncillos, tres pares de medias, una toalla, un par de borcegos.

Voy hasta el baño, enciendo la ducha. El vapor aclimata el aire, reviso el botiquín de mano: Alplax, pomada para el herpes, viagra, curitas, dentífrico, alcohol en gel.

El despacho al que estaba siendo citado –el más imponente de los que conocí– quedaba dentro del mismo edificio, esa mole enclavada en la esquina de Esmeralda y Arenales, varios pisos por encima del mío. El Canciller era un petiso agresivo a la vista y sin ningún don para el mando, que llevaba unas semanas en el cargo. Su trayectoria en el servicio exterior y su entrecomillado prestigio por el rol que había desempeñado en Naciones Unidas y la OEA –que todos ignoraban– se hacía sentir tanto como su rigurosidad. Quienes más lo conocían le achacaban ser un hombre de izquierdas, incorruptible, pero yo siempre lo vi como el verdadero peronista

ve al zurdo: un hermano eternamente adolescente, ingenuo, que se negó a evolucionar con el resto de los suyos y se afincó en el pataleo de querer ser el reservorio ideológico y moral de la familia.

Aún con toda esa información en la cabeza, en cuanto corté el teléfono, salí del despacho y llamé una ambulancia, que llegó enseguida.

Los enfermeros que subieron, sucios de días bonaerenses, flácidos y próximos a la obesidad, la manipularon fácil. El pulso de Lila estaba bien, y fue el sacudón de la subida a la camilla lo que la espabiló, lo que la hizo abrir los ojos y ver a las siete u ocho personas que estábamos alrededor suyo. Algunas, que la conocían, actuaban con normalidad acostumbrada, y la tal Elvira, una sierva antigua del área a punto de jubilarse, hizo gala de la confianza de una amiga, sacó el celular de la cartera de Lila y llamó a alguien

Mientras la observaba tuve una erección.

Poca gente en esa área me conocía y no empatizaba con nadie, por lo que no quise desatender a mi instinto pasando desapercibido ante una situación que me ofrecía la oportunidad de plantarme delante de los subordinados desde el costado *humano*. Que era un tipazo, un amor de persona, pensé que dirían luego esas bocas proclives al chisme en las horas muertas, a mis espaldas o en mi ausencia, en el momento en que me calcé el saco y decidí bajar junto con ellos. Minutos después ya estaba en el asiento delantero de la ambulancia como un tercer enfermero –el rosario colgando del retrovisor molestándome en la oreja– yendo hacia un hospital en hora pico del tránsito, tejiendo a conciencia la red para empezar la conquista.

Cuando llegamos al sanatorio la ingresaron a una habitación opaca del segundo piso, con ventanal al pulmón de manzana, donde unos médicos residentes, enfundados en

delantales celestes, tomaban apuntes alrededor de personas postradas que no saldrían de ahí con vida o con fe. Me preguntaron cuál era mi relación con la paciente y respondí que jefe, sintiéndome cómodo por ese sorpresivo convite a sugerir la diferencia salarial que habría entre nosotros.

Entonces salí de la habitación. Afuera, sentada en una de las mugrientas sillas, vi a quien creí sería su madre, pero resultó no serlo. Me presenté. Le tuve que contar sin ganas de hacerlo qué y cómo había pasado. Ella me dijo que se llamaba Gladys –la devalué, le anexé a lo que siguió diciendo una infancia con carencias provista por los autores de su nombre, un aliento a mate mezclado con frituras estacionado en distintas salivas, un vestuario compuesto de ropa de segunda mano, apolillada, pintalabios y tintura de cotillón– y que Lila había salido nerviosa esa mañana por la asunción del nuevo jefe. Me importa un carajo, pensé en decirle, pero en cambio le di mi nombre, me excusé por motivos que seguro no creyó, encubrí el rechazo que me generaba en un énfasis gestual y le extendí una tarjeta con mis datos por lo que hiciera falta.

Ya en la calle, maldije por estar actuando como un principiante, como alguien inmaduro para las responsabilidades que acababa de asumir. Entonces me pregunté qué hacía escoltando a una desconocida si el Canciller me había citado en su despacho.

Paré un taxi y le di la dirección de Cancillería.

Ahora salgo al balcón para secarme. El viento me golpea la cara, me arrima el recuerdo de las mañanas en que desayunábamos juntos todavía bajo el vigor generoso de la paciencia sobre este mismo balcón definitivamente angosto pero de inigualable vista. Creo poder sentir los retazos del sabor de las tostadas, del queso crema y de la mermelada de arándanos,

acaso de los pocos alimentos que ella no expulsaba del cuerpo por la boca. Pienso en los proyectos ilusorios que acá entretejimos atajando servilletas y galletitas de agua, en las manos de ambos combadas preservando la estabilidad de los objetos amenazados por el viento, en quién de los dos creía menos en lo que nos íbamos diciendo o desconfiaba con mayor astucia o verdad, en la noche de calor sofocante en que le perdimos el miedo al vértigo para siempre.

Que va a estar difícil llegar, que está todo cargado, me había dicho el idiota del taxista delatando rápido su jactancia de pertenecer a esa subespecie de la porteñidad. No respondí ni tampoco volvimos a hablar. Siguió fumando con la ventanilla baja. Siguió haciendo una percusión inconexa con los dedos sobre el volante.

A las pocas cuadras el auto se detuvo. El radiador, me dijo. Se cagó el radiador. Bajé del taxi sin pagar y caminé tan rápido como fui capaz. Demoré veinticinco minutos en hacer un viaje estipulado en diez por cualquier otro medio, y entré al edificio.

Mucha gente esperaba el ascensor. Subí al trote por las escaleras con la transpiración arrastrando la última vigencia del perfume que me había puesto a la mañana. Entré a mi despacho sobreactuando urgencia, sin devolver las miradas de los compañeros que buscaban en la réplica el fin a una duda.

Lo primero que vi al abrir la puerta fue el cablecito blanco del cargador del celular anidado a mi teléfono, que vibraba. Tenía varias llamadas perdidas con el número de la Cancillería, y supe que no haría falta que me dijeran –cosa que hicieron luego mediante una resolución– que había perdido el cargo. Que los sándwiches de miga y las gaseosas que había encargado y que ya estaban decorando la larga

mesa de la sala de conferencias desde la cual iba a dar a todo el personal mi predecible y tonta arenga de bienvenida, serían en verdad el *catering* de una despedida ridícula de la que, me juré en ese momento, no formaría parte.

Los días que siguieron empecé a hacinarme en mi departamento como en los tiempos en que era adicto. ¿Qué otra cosa podía hacer? Tenía treinta y seis años y había logrado construir –pasados la mitad de ellos dedicados a la autodestrucción– una carrera de estándar para arriba, que se había esfumado el mismo día en que tenía que empezar *lo bueno*. Mi nombramiento había sido una carambola dado que el nuevo gobierno no disponía de personal para todos los cargos con los que debía rellenar el Estado. Había entrado a la Cancillería por pedido de un contacto cuando me echaron del Ministerio de Cultura y, sin la venia política y sin la de los valijeros del sindicato mayoritario de la casa, me sería imposible sobrevivir. Pedir licencia sin goce de sueldo, irme a vivir al interior –mis ideas de entonces– eran más propias de un adolescente que de un adulto. Y aunque el cargo me había valido el pase a la planta permanente con una de las categorías salariales más altas del organismo y podría seguir trabajando de lo que fuere en casi cualquier área cobrando un sueldo inamovible, sabía que nada de eso sucedería. Tenía que hacerme cargo de mi suicidio social. Incluso así, creí estar próximo a una felicidad.

Apoyo una mano sobre el cadáver, siento cómo se enfrió. Le subo los párpados, dejo al descubierto sus ojos vidriados que parecen canicas suspendidas en la nada. Los recuerdo vivos, desafiantes. También llenos de ese pánico digno que tuvieron mientras moría. Me recuesto encima suyo soportando en manos y rodillas el peso de mi cuerpo.

La destapo y la beso. Primero en las orejas, después en el cuello, después en los pezones. Hace mucho no lo hacía.

Deslizo los labios por el mandala tatuado entre el abdomen y el pubis. Le escupo el ombligo con cautela, esmerando la puntería, hasta que la saliva desborda. La llevo hasta su vagina con la punta de la lengua y pienso en penetrarla para seguir diciéndome en su interior durante la autopsia.

Nunca volví a la Cancillería, ni siquiera para barrer las pruebas materiales de lo que otros supondrían mi derrota. Mi situación laboral respetaba textual el memo que el departamento de Recursos Humanos había hecho circular: *Agente Germán Baraja, legajo tanto y tanto, a disposición.*

Ya había empezado a tramitar mi traslado vía *mail* buscando la afectación a alguna otra dependencia en la que dedicarme a la nada con relativa paz. Pero eran solo artimañas de otro autoengaño; lo que necesitaba era sacudirme el polvo de la comodidad, amagar, aunque sea, hacia lo drástico una vez. Trabajar. En cambio, lo único que motivaba mi entusiasmo era ir a echarme todos los días en el Parque Centenario sin importar qué clima hiciese o qué humor gobernara mis acciones. Resultó ser un hallazgo el placer que me provocaba tirarme a observar las actividades de recreación de la estúpida clase media y ser cada tanto interrumpido por un pelotazo, por una tormenta súbita, por las hormigas que se filtraban por mi ropa.

Vladimir se impulsa, arqueando el lomo, hacia donde estoy. Supongo que tiene hambre, que no ignora que lo detesto. Lo alzo y lo llevo a la cocina. Lleno sus recipientes con agua y con alimento balanceado, pero apenas posa su nariz sobre ellos, gruñe. Le doy una patada en la trompa y vuela un metro hacia atrás. Veo sangre emanar del raspón que se le abre entre la nariz y la boca y cómo se aleja ofendido, más allá de mi vista, a guarecerse debajo del sofá.

Lo cierto es que disfrutaba de la impostura que hacía de mí mismo echado en el parque, calculando el orden en que irían muriendo todos esos chicos y chicas que gastaban, como yo décadas atrás, parte de su infancia correteando tras una pelota o encima y debajo de una soga, ignorando cuán perentoria es la tragedia, y de qué; cuál suicidado, cuál en un accidente, cuál fulminado por una enfermedad. Pensaba con qué gradualidad se irían defraudando del mundo adulto, hundiéndose en la depresión, aceptándose en la intrascendencia, persiguiendo la inmortalidad en la porquería de la hiperconectividad ineludible de su época, empachados de datos de la inteligencia artificial, de satisfacciones inmediatas, programados para obligarse a ser felices, a encontrar su yo interior a base de meditación, de autoaliento en frases hechas para ser consumidas como caramelos de optimismo, de eslóganes y de recortes de filosofía barata, de canciones miserables; en cuáles serían los acontecimientos centrales de su tiempo, si se mudarían del planeta, si una guerra nuclear no les haría un favor sacándose de encima a las sobras de la especie, a qué costo sobrevivirían a la etapa nacional de la globalización en Occidente. También observaba, feliz de prever el resultado final, el progresivo deterioro de los travesaños de los columpios y de los juegos, a los ridículos de las patinetas, a los feriantes trabajar entre el humo asfixiante y sinuoso de las bondiolas y de las hamburguesas, la monstruosidad patética y persistente de las murgas, su colorinche proletario, a los bagres alimentándose de la inmundicia, a los patos flotando sobre el lago artificial, a las viejas y viejos tentando al cáncer dorando su piel hecha colgajos al sol, a los *hippies* vendiendo pastelitos y facturas para el mate, a los tacaños asistentes de los espectáculos gratuitos del anfiteatro cuando había tango o *jazz*, a los usuarios sin gracia de las

bicicletas y los puestos de salud, a todas las manifestaciones de la existencia a la intemperie.

Me mantuve en esa tesitura cerca de dos meses, hasta una noche en que volviendo a casa, entre una serie de mensajes, vi uno de alguien que no me había escrito antes.

La reconocí en la foto cuando la agendé. El mensaje era de Lila. Me agradecía, disculpándose por la demora en hacerlo, el gesto de haberla acompañado al hospital, y dejaba entrea-bierta la posibilidad de tomar un café o *cualquier otra cosa*. Le respondí que no había qué agradecer, creyendo que con eso se desactivaría la continuidad en el diálogo, pero a los pocos segundos recibí otro mensaje suyo. Había escrito que *dada la generosidad desplegada* en un gesto tan ponderable como el de subirme a una ambulancia el día de mi ascensión y acompañarla a un hospital, quizás, si no tenía nada mejor que hacer, esa misma noche estaba invitado a una fiesta en su departamento. Me pasó la dirección seguida de un cartelito que decía: la casa invita.

Yo tenía pautado un encuentro para esa noche. Una especie de cita para la que había encargado una tabla de fiam-bres, comprado cervezas artesanales, limpiado el baño, lavado las sábanas, repuesto el papel higiénico, pensado la música, ventilado y perfumado los ambientes, pero la invitación de Lila distorsionó el sentido de todo aquello. Disfruté el suspenderle en seco, sin esmerarme en parecer cuerdo ni educado, a esa otra mujer con quien únicamente había conversado por *Instagram* y a quien solo me había dispuesto a vapulear dialécticamente para regar mi narcisismo.

Ahora me observo en el espejo del baño las arrugas consumadas. También las otras, las inminentes, a medio trazar, y me alarma el sigilo con que se fueron definiendo en los alrededores de los ojos camino de las sienas.

Me subo a la balanza. Sesenta y tres kilos.
Escupo en el lavamanos, y salgo.

Nunca fui fácil de acarrear a fiestas, a recitales, a manifestaciones grupales de algarabía y estupidez. Siempre preponderó en mí el instinto de imponer mi verdad relativa y su entramado de asociaciones, por sobre la posibilidad de enriquecerme con las de los demás. Me repugna la interacción cuando es masiva, me incomoda el desgaste que supone lograr rápido la primacía verbal, lo que quizá se deba a la ausencia de fe con la que construyo la coraza que yergue el vulnerable frente a desconocidos.

Sin embargo lo hice: bajé del taxi y me detuve frente al portero eléctrico de la casa de Lila. Eran las doce y cinco de la noche. Una pastilla de menta agudizaba el frío en mi cuerpo mientras tocaba timbre.

Un hombre en uniforme se acercó hasta la puerta de vidrio y me preguntó si iba a la fiesta, con la descortesía propia de los rendidos a ver de cerca una vida que les es inaccesible. Antes de que llegase a responder ya me había hecho pasar, me acompañó hasta el ascensor y marcó el piso 19.

Desde el ascensor reconocí ese sonido eléctrico, mecánico, ese vibrato que tan pocas veces había sentido en carne propia, pero que tantas había visto en las películas. Cuando se abrieron las puertas quedé ofuscado por el tamaño del palier, por la preeminencia total del amarillo. Una mujer que no era flaca, sino exgorda abrió la puerta riendo porcinamente.

La música electrónica lo invadió todo.

Adentro reinaba una atmósfera que remitía a lo líquido, oceánico; peceras, caracoles incrustados por todas partes, cuadros con predominancia del azul, del turquesa, del verde alga, ventanales.

Dediqué unos minutos a distinguir a mis posibles adversarios en lo físico y antagonistas en lo verbal y calculé el esfuerzo aproximado que me llevaría dañar la mayor cantidad de objetos irreparables en el departamento en caso de un brote de histeria extrema o mal humor. Después me acerqué a la cocina y pedí a un señor que hurgaba en la heladera si podía servirme agua. Que me sirviera yo, fue su respuesta, que se entrelazó con la voz de Lila diciendo mi nombre a mis espaldas.

Nos saludamos sin énfasis, como si tuviésemos ensayada la escena. Sentí violentado mi olfato por su exceso de perfume y cuando la tuve de frente me sorprendió el tamaño de sus pupilas, que tuviera los ojos más oscuros, nítidos e incógnitos de lo que recordaba. No tardé en darme cuenta de que estaba empepada y que lo que único que yo podía hacer en adelante sería improvisar, anticiparme a la burla, poner a salvo a los demás poniéndome a salvo de mí mismo.

Habría cerca de sesenta personas cultivando con jactancia de clase la falsedad y el mal gusto. La mayoría eran exmachistas devenidos en homosexuales para poder ser en paralelo, con igual soltura y según qué circunstancias, maricas histéricas y machos violentos. El resto eran subnormales que parecían no estar ahí, sino recostados en la virtualidad de su repercusión en las redes sociales.

Lila me agarró de la mano y con ella fui ingresando a un universo de actores venidos a menos, *under* o clase B, directores de teatro exitosos, productores, dueños de salas y centros y publicaciones culturales, diseñadores de moda, tatuadores, diseñadoras distantes y soberbias que apenas si hacían el mínimo gesto para congraciarse cuando saludaban.

El promedio de edad oscilaba entre los cuarenta y los cuarenta y cinco años, y la vida, a esa altura, era evidente, no los había confinado, gordos y estriados, a hacer la tarea con sus hijos.

La experiencia y el hábito de abusar intelectualmente de imbéciles que se denominan sus propios jefes me permitió sobrevivir un buen rato desde el disimulo sin relativo esfuerzo. Mientras duró el primer trago vapuleé al gordito con dientes de roedor que creía meritorio el haberse hecho legislador porteño viniendo *desde abajo*, queriendo con ello encubrir que toda su vida era un perpetuo escape del yugo del *bullying* bajo el que vivió su infancia, y también a su compinche ideológico ahí dentro, un estancado mental de no más de treinta años, que presumía de trabajar moviendo al dinero en opciones binarias, timbas de póker, compra de *bitcoins*, programaciones de *apps*, y publicidad sobrefacturada para sus portales web, mientras fabricaba nubes de vapor con su cigarrillo electrónico.

Pero a cierta altura me fue imposible evadir las preguntas, los pies para el diálogo que iban tendiendo, no sin malicia, los accidentales interlocutores. Entonces me tuve que dar de lleno al sarcasmo, la falsa humildad y la provocación. Empecé a hablar sobre la vista infinita del departamento, su notable propósito de pulcritud, el verdor que traspasaba las ventanas por todas las plantas que adornaban el balcón, que sus terminaciones sugiriesen delicadeza, que sus ambientes –cinco o más– espaciosos y ventilados, estuviesen dotados de calidez por sillones y alfombras, que la iluminación haya estado impecablemente elegida; que cuadros de características tan dispares dialogasen entre sí: algunos representando el minimalismo, la austeridad, otros aturdiendo la vista con batallas coloridas. Pero ya no pude detenerme.

Me supe a un par de estupideces de defraudar a los oyentes, de que abandonaran toda esperanza en mis respuestas, y aproveché. Desnaturalicé, cuando me preguntaron, mi opinión sobre la biblioteca empotrada en la pared. Después solté un aluvión de golpes bajos con el escaso material que

había ido recopilando de cada uno. Estaba llegando al punto cúlmine del bastardeo cuando volví a sentir la voz de Lila diciendo mi nombre casi adentro de mi oído, con tal delicadeza que no pude reaccionar cuando sus manos me bordearon la cintura para decirme: director, sígame que le quiero mostrar los baños.

Entramos al *toilette* de recepción como niños cómplices que van a escondidas de sus padres a hacer alguna travesura. Lila cerró la puerta con un movimiento preciso del pie derecho. Me empujó contra los azulejos amarillos, se abalanzó sobre mí. Se cayeron algunos elementos decorativos al piso (jaboncitos con forma de delfín, un aromatizador de limón y pomelo), y me estampó un beso.

Quedé aturdido por la determinación, por la nula necesidad de un pasado entre ambos al que reclamarle seguridades con que llegó a besarme; despojada, libre, diríase puta en otros tiempos. Entonces sacó de su corpiño una lámina recubierta por un papel, al tiempo que me decía que no fuese careta. Dejé que sus dedos me abriesen la boca y depositaran debajo de mi lengua un cartoncito con los colores del arcoíris.

–Guardala un ratito ahí– me dijo.

Nunca había probado esa droga, ni lo volvería a hacer. No encontré ningún goce en quedarme sentado viendo alterada mi percepción de las cosas, que ya era mucha de por sí. Pasada media hora empecé a sentir como si el entorno se derritiese en cámara lenta y por un buen tiempo orbité por escenarios irreproducibles.

Algunas horas después, en cuanto recuperé noción de tiempo y espacio, la vi recostando la vista en el horizonte con nostalgia frente al ventanal del living, como admitiendo que el fin de la fiesta era inminente, evaluando si había valido la pena el desgaste o no.